

## Carta de París

### Después de la fiesta

Carlos Cortés

Me gusta volver en verano a París porque la ciudad está menos conciente de sí misma. Volver a París siempre es doloroso porque es como admitir que uno la ha perdido para siempre, o que es irrecuperable, y uno vuelve como vuelven los fracasados: como turista.

Sin embargo, aquella tarde del 2 de julio de 1999 las cosas habían adquirido esa densidad que solo se logra en París, una gravedad que las hace matéricas, una especie de ebriedad. Esa tarde anochecería después de las diez de la noche y el aire casi podía cortarse con tijeras: el cielo estaba celeste –azul parís– y en la noche se volvió del violeta que sólo tienen los cuadros de Magritte. Pero sólo éramos turistas y sabíamos que estábamos ahí apenas por unas horas, o por unos días que se consumirían con la intensidad y mediocridad con la que gastan la existencia los visitantes, que se van dejando la vida en cada ida y vuelta.

Habíamos pasado cuatro años largos en París y volver ahora, quince meses después, no era regresar sino atravesar un túnel del tiempo. En cualquier bocacalle temíamos encontrarnos a nosotros mismos, sólo que disfrazados de *parisinos* –el disfraz de un disfraz–, cargados de paquetes o de libros o de cualquier cosa, viviendo el verano y no intentando fotografiarlo, aunque no lleváramos cámara, que es lo que hacen los turistas: apresar un instante que no es de ellos, al que ya no tienen derecho, no ser dueño del espacio sino de la fugacidad del tiempo.

Es una sensación rara. Nadie había cambiado, ni los vendedores de periódicos, ni los tenderos, ni siquiera los *clochards*, y la ciudad parecía vengativamente espléndida, como luciéndose en su elegante lejanía, sólo que no estábamos nosotros. No estábamos y no podíamos estar.

Habíamos regresado a Latinoamérica en *olor de gloria* después de «conquistar París» (con unas comillas enormes), que era la fórmula que utilizaban los escritores y artistas latinoamericanos de principios de siglo –hasta 1938– para expresar el sueño de volverse, de pronto, por arte de parisianismo –esa manera de vivir inventada por Darío y por el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo–, modernos, cosmopolitas y universales.

María, mi esposa, había llegado a la embajada de Costa Rica en 1994, con una misión –aparte de terminar su doctorado–: repetir para Centroamérica una operación *Les Belles Etrangères*, como la dedicada a Chile –y antes a Brasil, México y Argentina, entre los nuestros–, de la que ella había sido testigo siendo estudiante, en 1992. *Les Belles Etrangères*, un programa del Ministerio de Cultura de Francia –el presupuesto cultural más abultado del universo–, permitía acariciar ese sueño intocado desde Miguel Angel Asturias: conquistar París. Y después de tres años de fastidiar, tocar puertas y explicar en vano que Darío era un clásico y que Asturias era inmortal, estaba cerca –Père Lachaise, específicamente–, pero temporalmente inhabilitado para participar –muerto de eternidad, digamos–, lo logró en noviembre de 1997, unos meses antes de la partida.

Entonces, quince escritores –si incluimos a Roberto Armijo– fueron invitados, traducidos, editados y presentados al público francés. Por desgracia, Roberto se había ido ocho meses antes, de un cáncer feroz, pero también de espera: esperando a que Francia le diera pelota. Al final asistieron casi todos los grandes: Ernesto (Cardenal), Sergio (Ramírez), Mario Monteforte Toledo, Manlio (Argueta), Claribel (Alegría), Roberto Sosa –aunque la semana del viaje se enfermó y no pudo venir– y algunos contemporáneos: Rodrigo Rey Rosa, Ana Istarú, Gioconda Belli, Anacristina Rossi, Roberto Castillo, el escritor afrocostarricense Quince Duncan y los panameños Rosa María Britton y Enrique Jaramillo –quien también se excusó el día en que debía volar a Francia–.

Pero París no es una doncella ingenua e indómita sino una bella duquesa de Proust, vanidosa, tramposa y engreída, porque también fueron tres años de sinsabores. Siempre fueron quince escritores porque Tito Monterroso, con justa razón, no quiso asistir: «Los franceses no me quieren», le repetía a María en sus cartas. Traducido a todas las lenguas europeas, el mejor cuentista en español después de Borges y Rulfo alegaba que los franceses no lo entendían. Y era cierto. Por ridículo que parezca, todas las grandes editoriales lo rechazaron, las medianas volvían a mirar para otro lado –no es comercial, es intraducible, o cosas por el estilo, decían– y las pequeñas dudaban. Y se quedaron dudando. Tito venía de recibir el Juan Rulfo –la sobrada fama y unos nada despreciables cien mil dólares– y no estaba para desaires franchutes, faltaba más.

¿Conquistar París?, como soñaron en los veintes Asturias, Carpentier y su amigo tico León Pacheco, secretario del *príncipe de los cronistas*, el mítico Gómez Carrillo, o el caricaturista salvadoreño Toño Salazar, nada que ver. Es al revés. Como decía Stendhal: «En París no hay verdades, sólo modas».

## El ombligo del mundo

Los escritores latinoamericanos ya no *están* en París, ni siquiera en Francia, aunque siempre *pasan* por aquí. París ahora es el espacio de un mito, la maqueta que quedó después de que la modernidad jugara a ser arquitecto: la capital del siglo XIX, como la bautizó Walter Benjamin. El atajo a la literatura moderna para los latinoamericanos después de Darío.

La última vez que yo vi *conquistar París* fue cuando la editorial Actes Sud decidió empapelar el metro para el lanzamiento de la traducción francesa de *Te di la vida entera*, en 1997, de la escritora cubana Zoe Valdés. Muerto Armijo y olvidado Cortázar y los otros iconos de los sesentas, el argentino Juan José Saer, el peruano Alfredo Pita y Zoe Valdés quizá sean los últimos narradores latinoamericanos que *habitan* París, aunque todos sigamos un poco *habitados* por este mito.

En mayo de 1997, Alfredo Bryce Echenique se despidió una vez más de Europa, de Francia y de París en un homenaje que le tributó su antigua *alma mater*, en Montpellier. María, presa de un febril ataque de *brycechenuquefilia*, y yo fuimos invitados a participar en un largo adiós que se repetiría varias veces hasta que finalmente Alfredo publicó este año su *Guía triste de París*, una serie de cuentos que empezó llamándose, significativamente, *Evitar París*.

75 años han pasado desde que Georges Pillement, el traductor y amigo de Asturias, escribió que el bulevar Montparnasse –cerca de donde vivía el Hemingway de *París era una fiesta*– era *el ombligo del mundo* y que la vida literaria del planeta transcurría, latinoamericanos incluidos, en la encrucijada de tres cafés célebres: *La Closerie des Lilas*, *La Coupole* y *Le Dome*.

Que paren las prensas, que Internet se detenga un instante y oigamos el rumor de la nostalgia imaginándonos por un instante la escena: Unamuno, desterrado, oficiaba; Ricardo Güiraldes preparaba arduamente su muerte anunciada, como lo haría Armijo; Asturias hacía los primeros apuntes de *El señor presidente*, Toño Salazar bocetaba las caricaturas de época que lo hicieron famoso, Pacheco o Carpentier se entretenían en crónicas para los mejores diarios del continente, el pintor costarricense Max Jiménez recibía clases con Bourdelle tres veces a la semana y salvaba de un hambre segura a Vallejo regalándole por un año el alquiler de su apartamento de techo de cristal, mientras que el Príncipe de los Cronistas enamoraba a la salvadoreña Consuelo Suncín –futura esposa de Saint-Exupéry–, para no mencionar a Girondo, Uslar Pietri y Huidobro. ¿Es necesario, acaso, agregar a este cuadro a Picasso, Joyce, Hemingway, Picabia, Chagall y los otros?

## Adiós a todo aquello

Nada queda de aquello salvo el magnífico decorado y un aire de nostalgia. Quizás el último gran escritor en cultivar el parisianismo sea Paul Auster, el novelista estadounidense, y los franceses lo saben.

Destronado Montparnasse, París olvidó la posguerra y le dio la bienvenida a la Liberación en los sótanos de jazz de Saint-Germain-des-Prés. Fueron los «años Sartre», pero inmediatamente después los de la Revolución cubana y los «años Cortázar». La música latina la impusieron *Los Machucambos*, un conjunto tropical encabezado por una costarricense, Julita Cortés. En 1962 pusieron a bailar toda Europa con *Pepito, mi corazón*, realizaron casi cien grabaciones durante la década y adquirieron un cabaret mítico en el Barrio Latino: *L'Escale*, centro de reunión de Atahualpa Yupanqui y de los Parra, que apenas sobrevive en la actualidad en medio de los *sutchi bar* y de los restaurantes japoneses —la nueva ola en París—.

Quince meses después de haber partido volvemos al Barrio Latino, nuestro barrio, lo más cercano a un lugar real y concreto durante los cuatro años largos que vivimos en París. El Barrio Latino es ahora, como lo fue en la Edad Media, el barrio de los estudiantes. Pero las librerías, cafetines y sitios tradicionales sobreviven mal, acorralados por las *boutiques* de marca y los *fast-food*. El 2 de julio en que llegamos descubro la inminente desaparición de la librería de la P.U.F. (Presses Universitaires de France) en la esquina más vistosa de la plaza de La Sorbona. En paralelo, un rótulo inmenso y un edificio en construcción anuncian la llegada de otra tienda Gap.

En la esquina del bulevar Saint-Germain con el bulevar Saint-Michel —una encrucijada mítica— planto la vista entre un McDonald's y las ruinas de la abadía de Cluny, que se mezclan con los vestigios romanos de las termas de la antigua Lutecia. Me siento caminar por una ciudad que, como Troya, son siete ciudades, una construida sobre la otra. Camino por sobre mis propios recuerdos esperando reencontrarme a la vuelta de la esquina o al salir de un café reconocible.

## Entre Saint-Germain y Saint Michel

Atravesamos el bulevar hasta Saint-Germain-des-Prés. Ni siquiera me detengo, como antes hacía, en el *Old Navy*, donde Cortázar escribió *Rayuela*. En 1994, al quemar mis propias naves y sentarme a escribir un